

cados al comercio del Brasil. Los muebles de los palacios reales de Lisboa y de las casas mas ricas, los fondos de las cajas públicas, el dinero que el regente habia procurado acumular algun tiempo hacia, y el que las familias fugitivas habian podido proporcionarse, todo yacia en el muelle del Tajo, medio enterrado en el lodo, á vista de un pueblo consternado, alternativamente enternecido con este doloroso espectáculo, ó irritado con aquella cobarde fuga, que le dejaba sin gobierno y sin medios de defensa. La precipitacion era tan grande que en algunos de aquellos buques que se cargaban de riquezas, se habia olvidado hacer provision de los viveres mas indispensables. El dia 27 todo quedó embarcado, y treinta y seis buques de guerra y mercantes, colocados en derredor del navio almirante en medio del Tajo, que por Lisboa es tan ancho como un brazo de mar, aguardaban un viento favorable, en tanto que una poblacion de trescientas mil almas les miraba tristemente, dominada por el dolor, la cólera, la curiosidad ó el terror. La escuadra inglesa cruzaba en la embocadura del Tajo para recibir á los que emigraban y protegerlos con su artilleria en caso de necesidad.

Pasó asi todo el dia 27 porque los vientos no permitian la salida del Tajo: la ansiedad era terrible en la escuadra portuguesa, pues si llegaba á tiempo una division francesa y se apoderaba de la torre de Belen, quedaba cerrado el Tajo.

Durante este tiempo, el general Junot, que llevaba á marchas forzadas á sus infelices soldados, llegaba sin aliento á los muros de Lisboa. Los dias 26 y 27 habia estado detenido á orillas del Cécere, cuyas aguas subieron de doce á quince pies en al-

gunas horas, y que desemboca en el Tajo cerca de Punheta. Le pasó con algunos miles de hombres en barcas que le proporcionaron marineros bien pagados, en medio de los mayores riesgos, porque aquellos barquichuelos arrastrados por la corriente, iban á parar con gran violencia al Tajo, y en seguida tenian que volver á subir contra corriente para llegar al punto del desembarco. El 28 Junot marchó sobre Santaren, por medio de terrenos que á larga distancia habia inundado el Tajo por ambas orillas, y en que los soldados tenian á veces que andar una legua con el agua á la rodilla. El 29 llegó á Sacaven, y allí ya adquirió noticias de Lisboa. Supo que la familia real se habia embarcado con toda la corte, y que se llevaba la marina portuguesa cargada de riquezas. No debia esperar el llegar á tiempo; pero era preciso evitar una sublevacion, que hubiera sido imposible reprimir con algunos miles de hombres estenuados y sin un solo cañon. El general Junot tomó su partido resueltamente, y salió de Sacaven el dia 30 por la mañana con una columna de solo mil quinientos granaderos, y algunos ginetes portugueses que encontró en el camino y obligó á que le siguiesen. Entró en Lisboa á las ocho de la mañana (1) y fué recibido por una comision del gobierno á que el príncipe regente habia dejado confiado el reino, y por Mr. de Novion, emigrado francés, encargado de la policia,

(1) La entrada de Junot coincidió con un ligero terremoto, circunstancia que aprovechó aquel para escribir al ministro Clarke, dando cuenta de su expedicion: «Los dioses se declaran en nuestro favor: lo vaticina el terremoto, que atestiguando su omnipotencia no nos ha cau-

que desempeñaba aquel destino con tanta inteligencia como energía. El general Junot encontró la capital tranquila, desolada con la presencia del extranjero; pero sumisa y tan indignada con la fuga de la corte que aborrecía menos á los que iban á apoderarse de su trono. La escuadra portuguesa, después de estar esperando todo el día 27 y parte del 28 atravesó en fin, por la tarde la barra del Tajo, merced á la mudanza de viento, y fué despedida con las salvas de la escuadra inglesa que saludaba á la familia real fugitiva. El almirante Sidney Smith destacó una fuerte division para que la acompañase á América, en donde iba á comenzar por el Brasil la emancipacion de todas las colonias portuguesas y españolas: porque estaba reservado á la revolucion francesa cambiar la faz del Nuevo Mundo como lo habia hecho en el antiguo, y aquellos tronos de la Península que precipitaba en el Océano, debian, al caer en él, producir un resfajo que se haria sentir hasta en la otra orilla del Atlántico.

Así, pues, el general Junot habia visto escársele una parte de los resultados que con tanto ahínco anhelaba; pero algunos cascos de buques, tan deteriorados, que los fugitivos que se habian embarcado en ellos, temian no llegar al Brasil, algunas alhajas y monedas, y en fin, una familia cu-

sado daño alguno.» El conde de Torono dice muy oportunamente á este propósito: «Con mas razon hubiera podido contemplar aquel fenómeno graduándole de présago anuncio de los males que amenazaban á los autores de la agresion injusta de un estado independiente.»

(Nota del traductor).

ya captura le hubiera producido graves obstáculos, no valian la ventaja de hacerse dueño sin disparar un tiro, de las posiciones mas importantes del litoral europeo, y de haber evitado una resistencia, que no se hubiera podido vencer aunque fuese poco enérgica. El general Junot y su ejército, habian, pues, recibido el premio de su constancia. Pero era indispensable establecerse en Lisboa, rehacer el ejército, dejarle descansar, proveerle de lo necesario, y restituírle el imponente aspecto que habia perdido durante aquella marcha memorable.

Al anochecer del día 30, Junot vió llegar una parte de la primera division. Se apoderó de los fuertes y de las posiciones dominantes de Lisboa, que está situada sobre algunas colinas, a orillas de las estendidas aguas del Tajo. La comision de gobierno, y sobre todo el comandante de la legion de policia, el señor de Novion, le ayudaron á mantener el órden, en lo cual obraron como buenos ciudadanos, porque la alteracion del órden no hubiera producido mas que una efusion inútil de sangre, y tal vez el saqueo de Lisboa. Junot repartió las tropas de la manera mas conveniente á la seguridad de las mismas, en medio de una poblacion enemiga que contaba trescientas mil almas. Después de haber colocado los primeros destacamentos que llegaron, se ocupó en reorganizar los otros. Muchos soldados murieron de fatiga ó ahogados, y otros habian sido asesinados. Sin embargo, aunque muy sensibles, aquellas pérdidas no eran tan grandes que pudiesen inspirar temores, atendido el corto número de hombres que se encontraba en las filas el día de la entrada en Lisboa. Las revistas pasadas mas tarde, comprobaron que los muer-

tos ó estraviados, no escedian de mil setecientos. Quedaban, pues, cerca de veinte y uno ó veinte y dos mil soldados, ya acostumbrados á los trabajos y privaciones en aquella campaña, y seguidos de otros tres ó cuatro mil, que conducidos por un camino espedito y bien provisto de etapas, debian llegar sanos y salvos á donde sus compañeros les habian precedido con tantas penalidades y fatigas. La mayor parte de los soldados que se habian quedado atrás se reunieron en pelotones: marchaban con mas lentitud que las cabezas de columna, pero se defendian de los habitantes del pais, y vivian como mejor podian de lo que encontraban en los montes. Los rebaños de cabras ó carneros que encontraban al paso, hacian el gasto de su subsistencia. Cuando llegaban á Abrantes, se embarcaban en unas lanchas que por el Tajo los conducian á Lisboa. La artillería, que era la mas retrasada, fué tambien cargada en barcos y conducida por este facil medio de transporte al punto comun de reunion: la caballería llegó sin caballos; pero Portugal iba á suministrar al ejército lo que le hacia falta. Habia en Lisboa un magnifico arsenal, que servia para los ejércitos de mar y tierra, con tres mil trabajadores muy hábiles, que solo deseaban continuar ganando su sustento, aunque fuesen empleados por los franceses. Junot los destinó á componer ó rehacer todo el material del ejército, y en construir cureñas para la numerosa artillería que existia en Lisboa, y que era preciso colocar en batería contra los ingleses. Cerca de la capital se hallaba el ejército portugués, que contaba veinte y cinco mil hombres, el cual aguardaba á que se decidiese sobre su suerte. Los soldados

portugueses preferian por lo general, vivir en sus pueblos á estar incorporados a sus banderas. Junot los dió licencias, de modo que no quedaron mas que seis mil hombres en los cuadros. Tomó todos los caballos de la caballería, y remontó con ellos la francesa. Otro tanto hizo con la artillería, y en algunos dias, su ejército rehecho, armado, con vestuario nuevo y repuesto de sus fatigas, presentaba el mas hermoso aspecto. Para atender á estos gastos, no habia fondos algunos en las cajas; pero mientras se hacia efectivo el pago de los impuestos, el comercio, tranquilizado por el language y los actos del general Junot, le hizo un anticipo de 5.000,000 para atender á sus mas urgentes necesidades, y de este modo pudo satisfacerse cuanto consumia el ejército. El general en jefe destinó la primera division á Lisboa, la mitad de la segunda tambien á la capital: la otra mitad enfrente de Abrantes, y la tercera desde Peniche á Coimbra, al otro lado de las montañas á cuyo pie se halla situada Lisboa. Envió la caballería á las órdenes del general Kellermann á las llanuras del Alentejo, para hacer que por todas partes se reconociese la autoridad francesa; y colocó en Setúbal á los españoles del general Carafa que le habian acompañado. Estableció un camino bien custodiado y provisto para la conduccion de raciones y demas artículos necesarios, por Leiria, Coimbra, Almeida, Sa amanca y Bayona. En aquellos primeros instantes todo parecia tranquilo: no se presentaba mas dificultad que la de abastecer abundantemente, á pesar de los esfuerzos de los ingleses, una capital de trescientas mil almas, habituada á recibir por mar el trigo y los ganados de la costa

de Africa. El general Junot trató con muchos comerciantes, y despachó comisiones por todas partes para que se llevasen viveres del interior. En todas estas operaciones, fué hábilmente ayudado por su gefe de estado mayor Thiebault, y por Mr. Hermann, enviado por Napoleon para administrar las rentas portuguesas. Este último era de reconocida probidad, y estaba muy enterado de las costumbres del país, porque habia desempeñado largo tiempo funciones diplomáticas en Lisboa y Madrid. Merced á los afanes combinados de estos diversos agentes, nada faltó, por lo menos en los primeros momentos, y aun se comenzó á armar otra vez los restos de la escuadra portuguesa. Al mismo tiempo, el general español Taranco, ocupaba con siete ú ocho mil hombres la provincia de Oporto, y el general Solano con tres ó cuatro mil, la de los Algarves.

Mientras el ejército francés penetraba en Portugal, Napoleon, que tenia preparados otros dos á la entrada de la Peninsula, mandó al general Dupont, á cuyas órdenes se hallaba el segundo cuerpo de la Gironda, que dirigiese una de sus divisiones á Vitoria, bajo pretesto de auxiliar al general Junot contra los ingleses. Un poco antes de marchar esta division, habian tomado ya el camino de Salamanca tres ó cuatro mil hombres destinados á reforzar las tres divisiones del ejército de Portugal. Se iba, pues, contrayendo la costumbre de mirar la frontera española como una demarcacion ya abolida, y á la misma España como un camino abierto, por el que transitaban las tropas francesas sin dar el menor aviso al soberano del territorio. En efecto, la primera division del general Dupont

se hallaba ya en Vitoria, antes de que Mr de Beauharnais se lo participase al gabinete de Madrid. El príncipe de la Paz fué el primero que habló de ello al embajador con visible ansiedad. Con este motivo se escusó de la falta de preparativos en el camino que seguia el general Junot, de lo que se habia quejado, y atribuyó aquel descuido al estado de alarma y ansiedad que habia producido el proceso del Escorial.

Desde la formacion de aquel proceso, y á pesar del perdon concedido al príncipe de Asturias, la agitacion habia ido aumentandose en España, tanto en la corte como en el país. El príncipe de Asturias, á quien hubieran debido deshorrar su abyecta sumision, y su traicion para con sus amigos, era, por el contrario, adorado de una nacion, que no encontrando otro príncipe á quien amar en la familia real, se complacia en escusárselo todo, é imputaba á sus enemigos, á sus amenazas y á su tiranía cuanto observaba de equívoco en su conducta. La peticion de una princesa francesa, dirigida por Fernando á Napoleon, peticion que llegó á ser generalmente conocida, hizo que tanto la nacion como el príncipe, volviesen sus ojos hácia el elevado protector que en aquellos momentos arreglaba los destinos del mundo. Las tropas francesas que ya habian entrado en territorio español, y las que se acumulaban entre Burdeos y Bayona, escedian en mucho á la fuerza que se necesitaba para la ocupacion de Portugal, y acreditaban la opinion, de que aquel poderoso protector pensaba en mezclarse en los negocios de España: toda la nacion se complacia en creer que seria en el sentido de sus deseos, es decir, para derribar al favorito, encerrar

á la reina en un convento, á Carlos IV en una casa de campo donde pudiera cazar, y dar la corona á Fernando VII, uniéndole antes á una princesa francesa. La actitud de Mr. de Beauharnais contribuía en gran manera á alimentar aquellas ilusiones. Aquel embajador que tenía grande aversión al favorito, había llegado á tomarse interés por el príncipe de Asturias, con motivo de las relaciones secretas que mantenía con él, y lisonjeándose de que se casaría bien pronto con una princesa francesa, que era parienta suya (la señorita de Tascher), abundaba en los mismos sentimientos que los españoles, y estos en la creencia de que el representante de la Francia, tenía orden de conducirse como manifestaba, estaban entusiasmados con Napoleón y los franceses hasta el punto de que, á pesar de la desconfianza natural al pueblo, las tropas francesas eran para él un motivo de esperanza.

En vano algunos mas perspicaces decían que para derribar á un favorito aborrecido por la nación española no eran necesarios tantos soldados, y que para reducirle á la nada bastaría con un signo de cabeza que hiciese el omnipotente emperador de los franceses: que las tropas que se acumulaban eran quizá los instrumentos preparados de antemano para una resolución mas grave que tendiese á escluir á los Borbones de todos los tronos de Europa: en vano hacían estas observaciones algunos hombres previsores: no se propagaban por que eran contrarias á la pasión de que se hallaban poseídos todos los ánimos.

El miedo, inspirando mejor á la reina y al favorito, les abría los ojos sobre su propio peligro,

y ambos conocían, y la reina mucho mas vivamente que su amante, que no debían inspirar mas que desprecio al grande hombre que dominaba la Europa. Conocían que su incapacidad era inferior hasta el mas alto punto á sus grandes designios, y el velo con que encubría sus intenciones aumentaba á sus presentimientos el terror que nace de la oscuridad. Aunque Napoleón había firmado el tratado de Fontainebleau, y reconocido en él á don Manuel Godoy como príncipe soberano de los Algarves, ni uno ni otro estaban mas que medianamente tranquilos. Desde luego Junót acababa de apoderarse completamente de la administración de Portugal, sin exceptuar las provincias ocupadas por las tropas españolas, y ademas Napoleón se obstinaba en no publicar aquel tratado. ¿A qué conducía, pues, aquel secreto, cuando el Portugal se encontraba á discreción de las tropas aliadas, cuando la casa de Braganza se había fugado, y dejado en cierto modo vacante el trono? A estas alarmantes reflexiones se unían las cartas del agente Izquierdo que no podía disimular á su patrono los temores que comenzaba á concebir. Estos no se fundaban, es cierto, en ningun hecho exacto y determinado, porque Napoleón no había dicho á nadie lo que pensaba con respecto á España, ni había tampoco podido decirlo porque todavía dudaba lo que haría; mas aquella fatal propensión á reemplazar en todas partes á la familia de los Borbones con la suya, propensión que dominaba su alma hasta el punto de desatender los consejos de la prudencia, hizo sospechar su pensamiento á los hombres dotados de un talento despedido, y Napoleón, sin haber hablado, era adivi-

nado por un gran número de observadores. El mismo silencio que guardaba, al mismo tiempo que hacia públicamente tan grandes preparativos, habia chocado al agente Izquierdo, hombre hábil para descubrir lo que se queria ocultar, y no cesaba de escribir al príncipe de la Paz, que aun cuando Napoleón habia partido para Italia, y aunque entre sus ministros y los que le rodeaban no circulaba ningun rumor sospechoso, habia sin embargo, en todo lo que veia, un misterio que le llenaba de inquietud.

Asi es, que la reina y el príncipe de la Paz se encontraban extraordinariamente agitados. La reina, indispuesta con frecuencia, procuraba ocultar su turbacion con una calma afectada, y su edad con los mas ricos adornos; pero sin embargo, á pesar suyo se descubrian en ella algunos impulsos de cólera. Eran muy repetidos sus arrebatos, y en aquellos accesos pedia el sacrificio de todos los que miraba como enemigos, manifestaba con una especie de furor su deseo de que se decapitase al canónigo Escoiquiz y al duque del Infantado, y se incomodaba altamente con el obsequioso ministro de Gracia y Justicia, Caballero, que temblado, se limitaba á oponer á sus deseos las dificultades que nacia de las antiguas leyes del reino no violadas nunca ó inviolables. En su exasperacion llegó hasta el extremo de declarar traidor á aquel ministro y vendido á Fernando. Este, por su parte, descontento de él, le llamaba ejecutor civil de los caprichos de su madre, y se propuso vengarse mas adelante de un modo ruidoso. El príncipe de la Paz creia que convenia á sus intereses calmar á la reina, la colmaba de atenciones, y de una indiferencia insultante pasó á la conducta mas delicada.

da. Aunque por la noche iba á casa de las señoritas Tudó á descansar de las fatigas de la intriga y del temor, prodigaba por la mañana á aquella reina encolerizada los cuidados de un cortesano fiel: entonces se vió á aquellos dos amantes, que por sus reiteradas infidelidades debian estar sumamente disgustados uno de otro, estrechar mas una intimidad que presentaba todos los caracteres del amor, impulsados por su terror y por su ódio comun. La reina manifestaba en público al príncipe de la Paz, mucho mayor afecto, y se complacia en arrostrar con sus demostraciones la aversion de sus enemigos. La corte estaba desierta: la mayor parte de los que la componian la habian abandonado. Cuando la familia real se presentaba fuera de los jardines del Escorial, el pueblo permanecia silencioso, ó solo victoreaba al príncipe de Asturias, á quien seguia por todas partes, hasta tal punto, que la reina mandó publicar un bando prohibiendo toda especie de aclamaciones, llevando ademas su estravagancia hasta el extremo de mandar se cantase un *Te Deum*, para dar gracias al Todopoderoso por la milagrosa proteccion que habia concedido al rey, desconcertando las intrigas del príncipe de Asturias. Al convite que se hizo á la grandeza, no acudieron mas que cuatro individuos, dos de ellos estrangeros, y todos abochornados de semejante baja. Al salir de la iglesia, la reina manifestó á don Manuel Godoy una ternura y familiaridad que indignó á los concurrentes: y el desgraciado Carlos IV que nada observaba, pero que conocia confusamente el peligro de su situacion, aumentó involuntariamente el escándalo, apoyándose en el brazo del favorito,

como en un brazo poderoso del que esperaba su salvacion. Deplorable espectáculo, ignominioso no solo para el trono, sino para lamisma humanidad, cuya degradacion puesta en evidencia en tan elevado sitio, era mas escandalosa.

Como ya hemos dicho, el principe de la Paz iba todas las tardes á casa de las señoritas Tudó á esplayar los dolores de su alma, que aunque demasiado ligera, sufría mucho. A aquella casa acudían los curiosos á averiguar noticias, y en ella se habia manifestado grande alegría por el tratado de Fontainebleau, alegría acibarada muy pronto por la orden que se recibió de Paris de conservar secreto aquel tratado, por la continua entrada de tropas francesas, y por las cartas del agente Izquierdo. Como el público se complacia en recoger con avidez todo lo que era desfavorable al principe de la Paz, sus amigos procuraban oponer al torrente de las malas nuevas otro enteramente contrario, citando con exageracion todas las señales de favor obtenidas de la corte de las Tullerías. Así que, á pesar de la orden de conservar secreto el tratado de Fontainebleau, se habian referido todas sus particularidades en casa de las señoritas Tudó con la mayor minuciosidad, diciéndose que se habia dado el Norte de Portugal á la reina de Etruria, el Mediodía al principe de la Paz, nombrado principe soberano de los Algarves, y que el centro quedaba reservado para disponer de él mas tarde. De este modo se motivaba la presencia de los ejércitos franceses; y en cuanto á su número, muy superior á lo que exigía una simple ocupacion del Portugal, se esplicaba por medio de los grandes proyectos que se suponía abrigaba Napo-

leon contra Gibraltar. Para prevenir el malísimo efecto que debia producir la entrada de otros cuerpos que se esperaba de un momento á otro, se decia que el ejército francés se compondria por lo menos de ochenta mil hombres, que le mandaría el principe de la Paz en persona, y que por consiguiente no habia de que alarmarse. En cuanto al proceso contra los cómplices del principe de Asturias, que tenia irritados los ánimos, y que se decia que Napoleon no dejaria concluir, los amigos del principe de la Paz contestaban que la corte tenia noticias de Paris, que Napoleon habia declarado que el asunto del Escorial era un negocio extraño á la Francia, y que aprobaba el castigo de unos intrigantes que habian querido conmovier el trono.

Ni el principe de la Paz, ni las señoras de tan diferente rango que se interesaban en su suerte, creían mucho aquellas noticias. El temor las atormentaba y las inspiraba precauciones como las que se toman en Oriente contra la fortuna ó la tiranía. Así es que en casa del principe de la Paz se acumulaba el oro y la pedrería. Se deshacian magníficos aderezos para sacar los diamantes, que se llevaban á su casa con sumas considerables en metálico. Todas las noches salían de ella mulos cargados con aquellas riquezas, unos con direccion á Cádiz y otros al Ferrol. El pueblo, segun su costumbre, exageraba aquellos hechos y los aumentaba desmesuradamente. Hablaba de quinientos millones en especies, que se habian acumulado en casa del principe de la Paz, y que despues habian salido en varios convoyes para un destino desconocido. Como estas fabulosas relaciones coin-

cidian con la fuga de la casa de Braganza, habian hecho que por todas partes cundiese la suposicion de que el principe de la Paz queria llevarse la familia real á Méjico, para prolongar mas allá de los mares, un poder que espiraba en Europa. Propagada con increíble rapidez aquella suposicion llenó de indignacion á todos los españoles. La idea de ver á la familia real de España huir cobardemente como la familia real portuguesa, de conducir preso á un principe adorado, y de dejar á Napoleon un trono vacante, los irritaba, y aquel temor aumentaba, si era posible, el furor del pueblo contra el favorito. Todas las semanas se esparcia como un siniestro rumor la noticia de que se habian empaquetado las riquezas de la corona para ser trasladadas secretamente á Cádiz, y que el principe de la Paz iba á acompañar á la familia real hasta Sevilla: aquel rumor exaltaba los ánimos, desataba las lenguas, se desvanecía por algunos momentos cuando los hechos no venian á confirmarlo, y volvía á renacer como los sordos bramidos que preceden á la tempestad.

Aunque por lo general los rumores que circulan entre un pueblo agitado son falsos, estos no carecian de fundamento. Mucho antes de la fuga de la casa de Braganza, habia sido comunicado aquel proyecto á la corte de Madrid, sometido á su juicio, y discutido con ella hasta el punto de haber hablado sobre el asunto con el embajador de Francia. Aleccionado con aquel ejemplo el principe de la Paz, cuando desesperaba de su situacion, creia descubrir en América un asilo, en donde encontraria reposo, seguridad y la continuacion de su poder. Se lo hizo presente á la rei-

na á quien semejante proyecto convenia mucho, y para inclinar el animo del rey comenzó á intimidarle con las intenciones de Napoleon. Despues de decirle sobre el particular mucho mas de lo que él sabia, pero menos de lo que en realidad habia, se estendió en proponer un plan de fuga á América, como el partido mas seguro y aun el mas provechoso para España. Resistir á los ejércitos de Napoleon, segun el dictámen del principe de la Paz, era imposible. Se podia pelear, pero se concluiría por sucumbir á presencia del que la Europa entera habia intentado combatir, y en esta lucha no solo se perdería la España, sino el magnifico imperio de las Indias, cien veces mejor que el territorio europeo de la casa de Borbon. Las provincias de ultramar ya muy removidas con la revolucion de las colonias inglesas, que no anhelaban mas que declararse independientes, muy trabajadas en este sentido por los agentes británicos, se aprovecharian de la guerra que absorveria las fuerzas de la metrópoli, para sacudir su yugo, y de este modo, ademas de la España, le serian arrebatados Méjico, el Perú, Colombia, la Plata y las Filipinas. Por el contrario, refugiándose en las colonias, se las contendria con la presencia de la familia real reinante, que se conceptuarian felices de poseer para formar un imperio independiente; y si Napoleon, cada vez mas odioso á la Europa á medida que se iba haciendo mas poderoso, concluia por sucumbir, se podría regresar al antiguo continente, con mas seguridad acerca de la fidelidad de las provincias de América, con quienes se estrecharian las relaciones, y entre tanto, por medio de un sencillo viage se escaparia del trastorno



general de todos los estados. Mas si el tirano del Antiguo Mundo debia morir en el trono usurpado y dejar consolidada su dinastía, en el Nuevo Mundo se encontraria un imperio rejuvenecido, que tenia con qué hacer olvidar lo que se hubiese perdido en Europa.

Estas ideas, quizás las únicas fuertes y sensatas que habia concebido en su vida el favorito, porque si se renunciaba á disputar la España con heróica resistencia, lo mejor que podia hacerse era conservar á la nacion las dos Indias, y á la familia reinante un trono aunque se encontrase muy distante, estas ideas eran á propósito para trastornar á Cárlos IV. Defenderse por medio de las armas, no entraba de modo alguno en su cálculo: marchar desde el Escorial á Cadiz, embarcarse, atravesar los mares y privarse para siempre de las cacerías del Pardo, le asustaba casi tanto como una batalla. Quería rechazar lejos de sí aquellas siniestras previsiones, y arrojarse, decia, en los brazos de su *magnánimo amigo Napoleon*. En honor de este bueno y desgraciado príncipe, es necesario confesar que conocia cuanto habia de grande en Napoleon, que admiraba sus hazañas, y que si hubiese sido capaz de algunos esfuerzos, los hubiera hecho para ayudarle á batir á la Inglaterra, por el interés de los dos países, que comprendia muy bien cuando le ocurría pensar en ello. Asi es, que contestaba á los que le hablaban de retirarse á larga distancia, que era necesario procurar adivinar las intenciones de Napoleon, y conformarse con ellas, porque en el fondo no podian ser malas: que el príncipe de Asturias no habia tenido tan mala inspiracion al pedir por esposa

á una princesa de la familia Bonaparte: que este era un medio de estrechar la alianza de ambos países, y hacer que cesase el ódio de las dos razas; y que no era posible que Napoleon quisiese destruir á Fernando cuando le hubiese dado una de sus hijas adoptivas: y por último, que era un héroe demasiado grande y magnánimo para que faltase á su palabra. Era tal vez, la primera de su vida, en que el desventurado monarca, cuyo talento se despertaba con el aguijon de las circunstancias, concebía una idea por sí mismo, y perseveraba en ella. Ya habia pensado en el matrimonio del príncipe heredero de la corona con una sobrina de Napoleon, y no tenia que violentarse mucho para adoptar semejante proyecto. Quería, pues, que la petición hecha por Fernando de una manera tan irregular, se renovase en la forma conveniente, en nombre de la corona de España, con toda solemnidad, y con los poderes necesarios para tratar. Si Napoleon aceptaba se unia á la casa de Borbon, si no, se podria juzgar de la rectitud de sus intenciones, y entonces habria tiempo para pensar en retirarse.

Nada podia haber mas desagradable para la reina y el favorito que la idea de tal matrimonio, porque Fernando, casado con una princesa francesa, protegido por Napoleon, y protector á su vez de la casa de España, hubiera llegado á ser muy poderoso. La caída del favorito y la destruccion de la influencia de la reina, serian una consecuencia necesaria de aquel enlace. Empero no renovar á nombre de la corona la proposicion de Fernando, era declarar que se desaprobaba, no solo en la forma sino en el fondo: era hacer ver á Na-

napoleon que no se queria su alianza; era privarse de un medio seguro de sondear sus intenciones, y sobre todo, privarse de argumentos indispensables para hacer que Carlos IV aprobase el proyecto de huir á América. Estas razones fueron las que redujeron á la reina y al favorito á la idea de pedir á una princesa francesa, es decir, de renovar en nombre de la corona la proposicion clandestina de Fernando. Esta fué quizá la única vez que se hizo preciso consultar una resolucion con Carlos IV, la única vez, seguramente durante todo su reinado, en que su voluntad llegó á ser tambien la del gobierno.

En su consecuencia, Carlos IV escribió á Napoleon una carta de las mas afectuosas, suplicándole que uniese al heredero de la corona con una de las princesas de la familia Bonaparte. No fué esta la única pretension. En otra carta adjunta á la primera, se reclamó de Napoleon la ejecucion inmediata del tratado de Fontainebleau, su publicacion, y que se pusiese á los interesados en la particion, en posesion del territorio que á cada uno se le habia señalado. Esta reclamacion inspirada por el principe de la Paz, era en la que tenia mas decidido empeño, porque estaba impaciente por verse proclamado principe soberano: entraba ademas en los intereses bien entendidos de la casa de España, pues por aquel tratado Carlos IV habia recibido de Napoleon la garantia de sus estados, y el titulo de rey de las Españas y emperador de las Américas. La publicacion del tratado de Fontainebleau hubiera sido en aquellos momentos un preservativo eficaz contra los proyectos verdaderos ó supuestos de invasion.

Mientras se esperaba esta publicacion, no se habia tenido reparo, como ya hemos dicho, en cometer toda especie de indiscreciones, y divulgar todo el tratado completo. Decíase públicamente en las calles de Madrid, exagerando las aserciones de la casa de los Tudos, que el principe de la Paz iba á ser declarado rey de Portugal, Carlos IV emperador de las Indias, y que el favor de Napoleon con respecto á don Manuel de Godoy iba á manifestarse de una manera solemne. En los cortos instantes en que el pueblo daba crédito á aquellos rumores, abria algo los ojos: se decia que sin duda alguna, Napoleon se preparaba á destronar los últimos Borbones como habia hecho con los demas, que estaba de acuerdo con Godoy para que se los entregase, y que le daba el Portugal, para que á su vez le diera la España. De este modo se calumniaba á aquel personaje tan difícil de calumniar; porque si bien era cierto que el favorito habia subyugado, envilecido y perdido á sus soberanos, no lo era que les hubiese hecho traicion en favor de Napoleon. Felizmente aquellos rumores no disminuian mucho la popularidad del emperador en España, porque no se les daba gran crédito y eran de corta duracion. Mr. de Beauharnais, á quien su corte dejaba en la mayor ignorancia, afirmaba que ningun conocimiento tenia de aquel tratado, y lo hacia con tan buena fé que nadie dudaba de sus palabras. Se tomaban, pues, las aserciones de los amigos del favorito como una de sus jactancias acostumbradas, y principiaba ya á creerse lo que agradaba generalmente, es decir, que Fernando iba á ser esposo de una hija adoptiva de Napoleon, despues rey, y que de este mo-